

El teniente Mario Morales, pseudónimo Miguel, depositó el informe sobre su escritorio. Frente a él, el oficial que atendía este agente clandestino, aguardaba, impaciente, las órdenes de su jefe.

Miguel volvió a tomar en sus manos el documento. Después de releer su contenido, dijo, dirigiéndose a aquel, mientras se incorporaba de su asiento:

—Hay que controlar la reunión del Capri, pero sin detener a nadie.

Casi en la puerta impartió la siguiente orden:

—Ve discutiendo el caso con los compañeros del chequeo, mientras yo hablo con Abrantes.

Días después Miguel prepara las condiciones para una entrevista del comandante Ramiro Valdés, Ministro del Interior, con el agente Oliverio.

Recuerda que el encuentro se efectuó en casa de su madre, sita en San José y Aramburu. Oliverio llegó primero y fue conducido a un cuarto.

Al poco rato, Miguel, quien observaba desde la ventana, vio aparecer un hombre delgado, vestido de verde olivo que caminando aprisa se dirigía a la casa.

Todo sucedió tan rápido que el Ministro pasó inadvertido para los pocos transeúntes del momento.

Ya en el interior, Ramiro le estrechó la mano a Miguel y preguntó:

—¿Dónde está el hombre?

Eran las nueve de la mañana de un día frío del mes de diciembre de 1960.

La madre de Miguel, desde el umbral de su cuarto, observaba impaciente la escena.

La entrevista se produjo, finalmente, en la sala. Duró casi tres horas. Se trataron todos los asuntos: la penetración de las organizaciones contrarrevolucionarias, el plan de unificación de estas bajo la dirección de

Oliverio, la infiltración en la CIA, el viaje clandestino a Estados Unidos y las vías de comunicación. Al finalizar, el Ministro retomó el tema de la esposa y los hijos del agente: le habló de la atención que tendrían, los cuidados, la educación...

Ya de pie, llegó la despedida. Un fuerte abrazo y la frase cariñosa e imperativa:

—¡Cuidate!

El Ministro se fue primero. En la casa reinó el silencio, ese que sucede en los grandes momentos.

La madre de Miguel continuaba en su sitio. No preguntó nada: jamás lo había hecho, pero su intuición de madre le decía que allí se había desarrollado algo muy importante. Y a pesar de los reparos de Miguel, durante la entrevista, la viejita coló café y brindó a los presentes, Ministro, Oficial y agente.

Hasta el último día de su vida recordó orgullosa que había recibido en su casa al Comandante de la Revolución, Ramiro Valdés, y que este le había aceptado una tacita de café.

Lo que no supo nunca fue que aquel otro hombre, el agente Oliverio era... el comandante Antonio, Tony Santiago.

Después viene el año 1961. Ya a partir de aquí la Revolución va cogiendo un matiz más rojo: las leyes, nacionalizaciones y la lucha de clases se recrudecen. Vienen las amenazas del exterior. Las movilizaciones. Todas las informaciones de reclutamientos de contrarrevolucionarios en Estados Unidos. Se veía claro que la invasión a Cuba se acercaba. Y se produce el ataque a los campos de aviación, la antesala de Girón.

En el Buró nuestro tuvimos aquella operación, cuyo centro fue las instalaciones del Ministerio de Transporte que nos cedió Camacho Aguilera, ministro del ramo en aquellos días. Nosotros, mucho antes habia-